

JOSÉ I. PADILLA LAPUENTE

*APORTACIÓN AL ESTUDIO DE LA ESTRUCTURA
ECONÓMICA DE UN MONASTERIO ALTOMEDIEVAL.
UN PROTOTIPO: SANT PERE DE GRAU D'ESCALES*

La iglesia hoy conocida con el nombre de Sant Pere de Grau d'Escales es la única edificación subsistente del antiguo cenobio de Sant Pere d'Escales y ha llegado hasta nosotros gracias a la acertada restauración que efectuó, en su día, el Servicio de Conservación de Monumentos de la Diputación de Barcelona (foto 1 y 2). Se halla situada en un pequeño valle por el que se desliza el río Aigua d'Ora, afluente del Cardener, encajonado por el Estret de Valielles al norte y las escarpadas alturas del Taravill y Busa por el sur, en territorio que fue antaño del decanato de Lord. Forma parte, en consecuencia, del reducido enclave de Valielles, perteneciente al municipio de Montmajor (prov. de Barcelona).

I. INTRODUCCIÓN

La deficiencia y escasez relativa de los documentos escritos determina que los progresos en historia agraria medieval dependan en gran parte de las investigaciones realizadas en contacto con el terreno. De este modo la arqueología, la geografía agraria y la observación directa del paisaje actual como medio para descubrir bajo su fisonomía externa los rasgos que en otro tiempo les imprimió el trabajo humano se presentan como indispensables. Más aún en casos, como el que vamos a tratar, que se caracterizan por una escasez de fuentes escritas y determinan una valoración más importante de otro tipo de fuentes.

Pese a la escasez de aquéllas, podemos vislumbrar el marco cronológico en el que se desarrolla la existencia del cenobio. Así, la documentación refiere un comienzo incierto de la vida monacal en Sant Pere de Grau d'Escales. Un presbítero llamado Magnulfo edificó y dotó una iglesia con el fin de erigirla en monasterio benedictino, que fue consagrada por el obispo Nantigis de Urgel, el 3 de diciembre del año 913. Ignoramos si el deseo del fundador fue realizado, ya que medio siglo después la iglesia de Sant Pere albergaba una comunidad canonical.¹

1. VILLANUEVA: *Viage...*, vol. XII, p. 31. — BARAUT, Cebrià: *Les actes de consagracions d'esglésies del bisbat d'Urgell (segles IX-XII)*. «Urgellia», I (1978), ap. 23, p. 79.

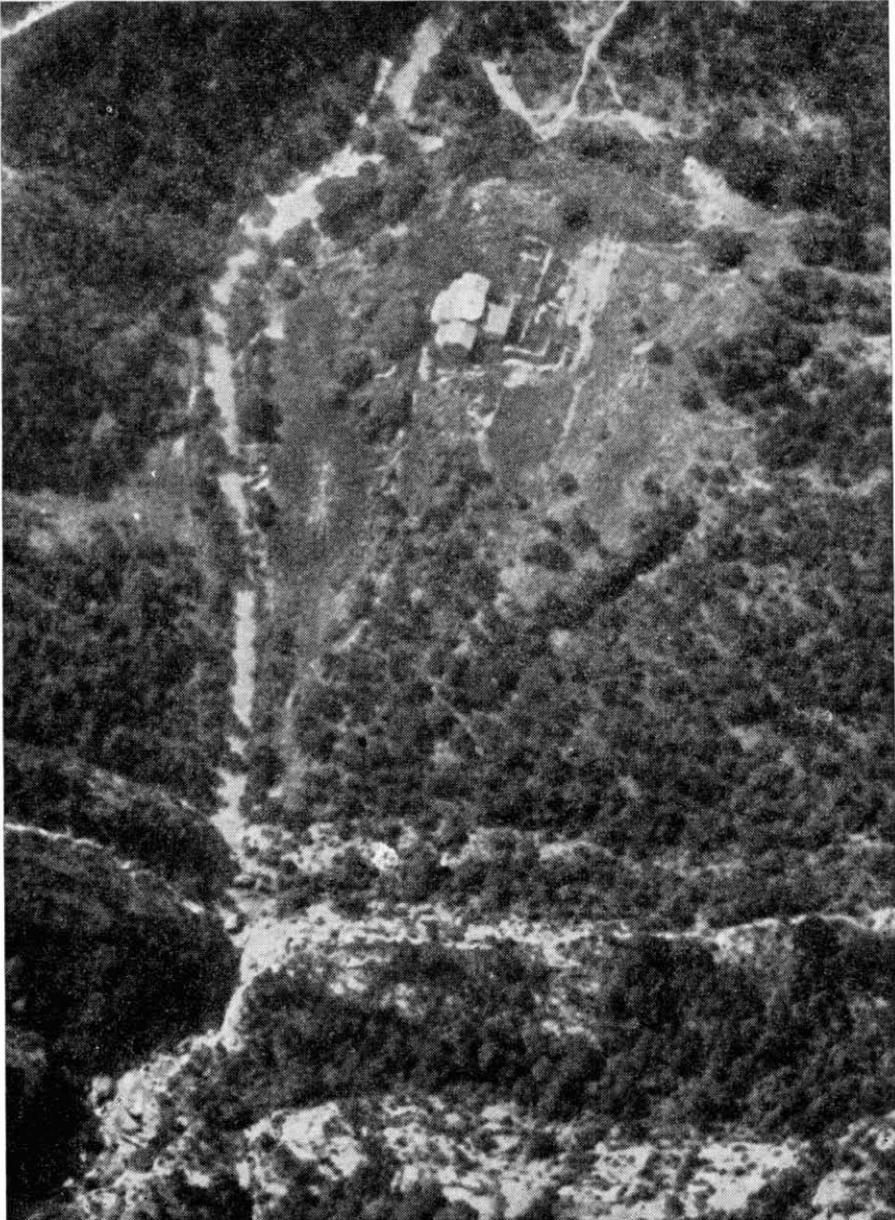


FOTO 1. Fotografía aérea del lugar de Sant Pere de Grau d'Escales a una escala aproximada de 1/1750. En el centro y en la parte superior, la iglesia y los muros que corresponden al monasterio. Aunque el bosque cubre gran parte de la extensión, algunos claros corresponden a los campos situados junto al río. En la zona inferior se observa el encajonamiento del río Aigua d'Ora que será aprovechado para construir un vivero (Servicio de Cartografía y de Fotometría de la Diputación de Barcelona).

La segunda etapa se inicia con la transformación de la canónica en monasterio benedictino, el 6 de noviembre del 960, por el obispo Guisad II de Urgel a ruegos del sacerdote Francemir.² Diversas noticias documentales, de fines del siglo X y comienzos del siglo XI, señalan indirectamente la perduración de la comunidad monástica.³ Hemos de añadir que algunos elementos determinan la existencia de un relativo florecimiento del cenobio durante esta etapa. Así, la edificación de la iglesia románica, que aún hoy se conserva, debió ser realizada a comienzos del siglo XI y, así mismo, de la excavación del monasterio parece deducirse que durante el mismo período se amplió y modificó su estructura.

Tras un silencio prolongado, de más de un siglo, un documento de la segunda mitad del siglo XII⁴ nos señala el fin trágico del monasterio y nos permite conocer las quejas que los hombres de Sant Pere de Grau d'Escales formulaban al obispo y capítulo de la Seo, contra ciertas personas que habían depredado sus haciendas. Acusaban a B. dez Vilar y a su padre de haber asolado y destruido «la casa de Sen Pere» y añadían «fo la casa de Sen Pere trencada, robada e cremada». Con este hecho finaliza la última etapa de la vida monacal, que comprende el período oscuro que antecede a la destrucción del cenobio.

A partir de entonces debió quedar instituido el decanato de Sant Pere de Grau d'Escales en el antiguo valle de Lord. Pensamos que la pervivencia del monasterio, como tal, no llega a rebasar la fecha propuesta por aquella referencia documental. Los datos aportados por la excavación corroboran la interrupción de la vida monástica y la ruina parcial de las edificaciones. La reincorporación de los monjes al lugar, si es que aquélla se intentó, debió fracasar, puesto que la reconstrucción de una pequeña parte de las edificaciones no afectó al cuerpo principal del monasterio, cuya ruina total debió completarse rápidamente.

Desaparecida la comunidad, un decano se hizo cargo de las iglesias rurales y tierras propiedad del monasterio. Sin embargo, el decanato de Grau d'Escales no aparecerá documentado hasta mucho más tarde, en la edición de las cuentas de la décima pagada a la Cámara Pontificia por la diócesis de Urgel en los

2. VILLANUEVA: *Viage...*, vol. XII, ap. 10, 227-231. — BARAUT, Cebrià: *Op. cit.*, en nota 1, ap. 34, p. 93.

3. Donación del conde Borrell (19-XI-982), B.N.P., Col. Baluze, vol. 117 (fol. 379r-380v); testamento sacramental del conde Borrell (24-IX-993), MARCA: *Marca Hispánica*, ap. CXLI, cols. 947-948 y PASQUAL: *B.A.C.M.*, vol. VII, ap. 51; bula de papiro del Papa Silvestre II al obispo Salla confirmando los bienes episcopales de la Seo de Urgel (v. 1001), MARCA: *Marca Hispánica*, ap. CXLIX, cols. 957-958; testamento sacramental de una mujer llamada «Rotundis» (19-IX-1027), RIUS SERRA, J.: *Cartulario de Sant Cugat del Vallés*, vol. II, doc. 525, pp. 157-158.

4. PUJOL, P.: *Documents en vulgar dels segles XI, XII i XIII, procedents del bisbat de la Seu d'Urgell*. «Biblioteca Filológica» (del Institut de la Lengua Catalana), vol. I (1913), p. 9 y doc. 4, 13-14.



FOTO 2. La iglesia románica de Grau d'Escales tras la reconstrucción por el Servicio de Conservación de Monumentos de la Diputación de Barcelona, desde el Sudeste (A. F. Alberto del Castillo).



FOTO 3. En primer término, el potente muro que corre de N. a S. y que puede ser datado en el siglo X, descubierto en la campaña de 1966. Al fondo, la nave de la iglesia reedificada.

años 1279 y 1280,⁵ y nos permite deducir la posible renta del mismo, estimada en unos trescientos sueldos barceloneses. Cabe destacar que ésta era una de las más bajas con respecto a las otras comunidades y canónicas del obispado, lo que parece indicar que su patrimonio nunca tuvo grandes proporciones.

De este modo, la vida monástica en Sant Pere se enmarca cronológicamente entre el siglo X y XII, con un período de gran vitalidad en torno a la primera mitad del siglo XI.⁶

Partiendo de los datos aportados por la documentación, se realizó la excavación del monasterio, bajo la dirección del doctor Alberto del Castillo (e.p.d.), entre 1962 y 1967, con el propósito de comprender mejor la estructura de un monasterio altomedieval. La citada labor constituyó la primera excavación sistemática, que se efectuaba en la Península, de un complejo de este tipo.

Pese a los arduos trabajos llevados a cabo y al tiempo transcurrido desde la citada excavación, los resultados de la misma permanecen inéditos. Por consiguiente, el presente estudio pretende ser, en parte, un resumen de los datos aportados por aquélla. Nadie mejor que el profesor Del Castillo hubiera dado la interpretación correcta de la excavación, que él mismo dirigió. Siguiendo sus notas y los diarios de excavación⁷ presentamos un adelanto de ese estudio profundo que requiere tanto la excavación, como el material arqueológico.

II. EL HABITAT DE LA COMUNIDAD

Los núcleos de poblamiento disperso son los que han sufrido, durante la Edad Media, mayores transformaciones frente a los núcleos urbanos, a juicio del Dr. Manuel Riu, «transformacions que no són estructurals, segons sembla, sinó sobretot purament formals, a causa d'un augment del nivell de vida, als

5. RIUS SERRA, J.: *Rationes decimarum*, vol. I, páginas correspondientes a la diócesis de Urgel, 179-217.

6. Pueden hallarse referencias diversas a este habitat en RIU, Manuel: *Las comunidades religiosas del antiguo obispado de Urgel (s. IX-XVI)*. Tesis doctoral inédita, mecanografiada, vol. I (monografía núm. 45), 279-286. — RIU, Manuel: *Sant Pere de Grau d'Escales*, «Montaña» (C.E.C., Barcelona), VII, año XIV (maig-juny 1961), 370-374. — PADILLA, José I.: *Las cerámicas grises del monasterio de Sant Pere de Grau d'Escales*, Barcelona, 1978. Tesis de Licenciatura, mecanografiada. — PADILLA, José I.: *Primeros análisis químicos y espectroscópicos de la cerámica gris*, «Actes du Colloque International C.N.R.S.: La céramique médiévale en Méditerranée Occidentale Xe-XVè. siècles (Vallbonne, 11-14 setembre 1978)». París, C.N.R.S., 1980. 397-402. — PADILLA, José I.: *Las monedas del monasterio de Sant Pere de Grau d'Escales*, «I Symposium Numismático de Barcelona (27 i 28 de febrer de 1978)». Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Numismàtics, 1979, vol. II, 407-410.

7. En la actualidad, se encuentran, junto con el material, en el lugar destinado a tal efecto en el Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Barcelona.

perfeccionaments tècnics i a la capacitat d'inversió de capitals».⁸ Señala el autor dos tipos de habitat para la Alta Edad Media dentro del campo catalán: el mas o manso y la cabaña. El primero de ellos es la vivienda esencial, en contraposición a la cabaña, que se define como un refugio temporal o lugar de almacenaje de la cosecha e instrumental.

Este habitat, característico del siglo IX y X, debió de ser una construcción rectangular de una sola planta, con doble compartimento separado (uno destinado a vivienda y el otro al ganado), en ocasiones adosado a la roca, y situado frente a la zona de cultivo. Este tipo simple se amplía con nuevas construcciones adosadas, para los diversos tipos de animales, a medida que aumenta la ganadería y perdura hasta el siglo XIV.

Pensamos que la primitiva construcción del cenobio de Sant Pere debió seguir el modelo enunciado, si bien la posibilidad de definir aquélla, resulta en extremo difícil. La excavación no ha permitido discernir con claridad, de entre los elementos constructivos, aquéllos que puedan atribuirse, con certeza al siglo X, debido al estado deficiente de los mismos. Sin embargo, puso al descubierto la existencia de un potente muro (de casi 15 metros) orientado de norte a sur (fig. 1), cuyo grosor oscilaba de 0,90 a 1 metro y con una técnica atribuible al siglo X (véase foto núm. 3 y 4). Es presumible que los muros, que se extienden a poniente del precedente, hayan tenido origen ya en el mismo siglo. De esta manera obtendríamos una construcción rectangular, poco definido su cierre por el norte y de gran semejanza con el manso (fig. 2).

Alrededor de esta edificación central, constituida por dos compartimentos, incomunicados entre sí, y con entrada por el sur, se habilitarían otras construcciones para acoger al ganado.

La excavación del monasterio ha puesto de manifiesto que, durante la primera mitad del siglo XI, se amplió o reconstruyó el primitivo recinto, edificándose una nueva iglesia. La planta de las construcciones descubierta define la estructura básica del monasterio durante esta etapa.

Así, el cuerpo principal sigue formando un rectángulo (de 20 por 7,50 y 5 metros), que se divide en tres compartimentos. La habitación A (foto 5), con entrada independiente y de dimensiones reducidas (6 por 4 metros), parece haber sido utilizada como establo de bóvidos o équidos, o bien como lugar para guardar los aperos, mientras que adosados a poniente de este edificio central se hallarían las construcciones y corrales para albergar al resto del ganado.

La parte de habitación humana la compone únicamente la estancia B (7 por 7 metros). El acceso a la misma se realiza por el sur, al igual que el compartimento A, y el corredor parece haber constituido una especie de vestíbulo frente a la puerta de entrada a la zona de habitación. Su función parece fuera

8. Riu, Manuel: *La feudalització del camp català*, «II curs d'Història de Catalunya: Estructura social y econòmica del camp català», Barcelona, 1978, 29-46. En especial 35-36.

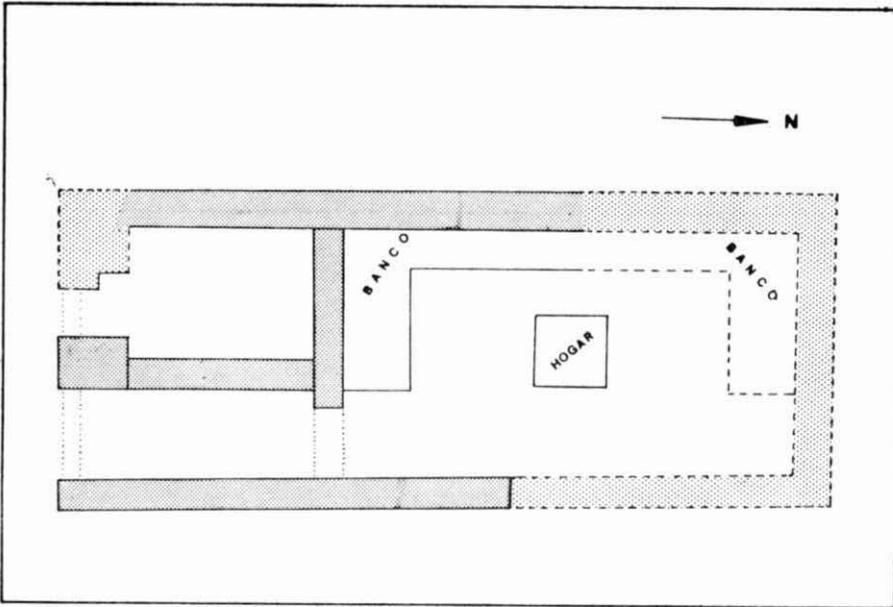


FIG. 2. Reconstrucción ideal del monasterio originario.



FOTO 4. Paramento del muro del siglo X. Pese a su irregularidad hay una cierta tendencia a la horizontalidad en las hiladas, que parecen alternar en grosor.

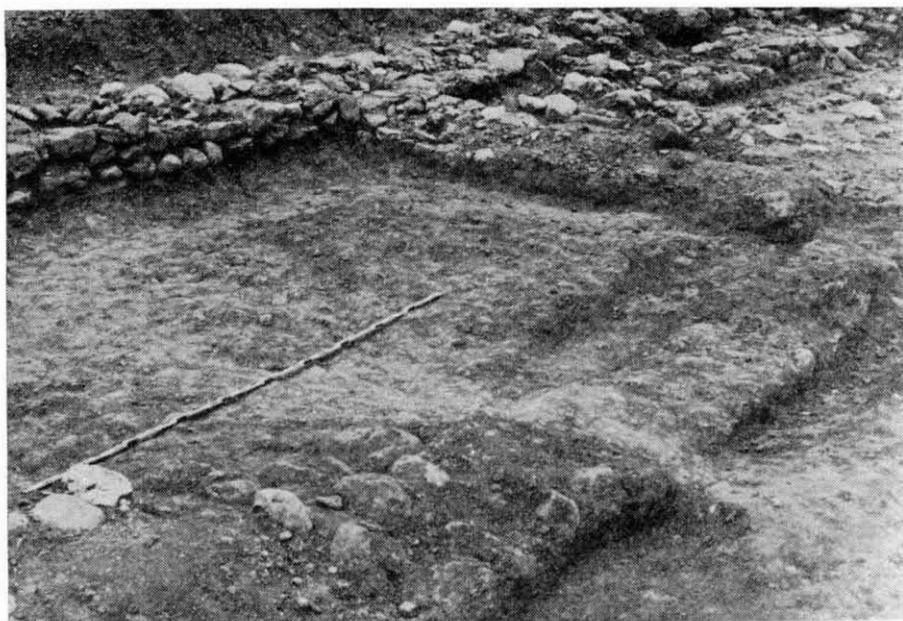
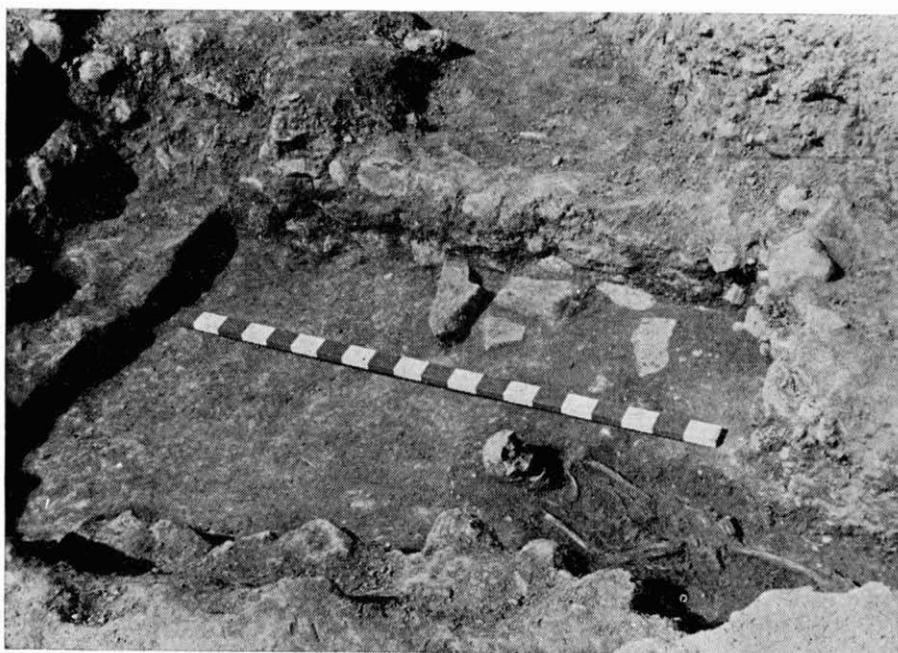


FOTO 5. La habitación A tras su excavación. Obsérvese el deficiente estado en que se hallaron los muros de este sector, con apenas la hilada de fundamentación, en la campaña de 1967 (A. F. Alberto del Castillo).

de duda, puesto que cerca del ángulo noroeste apareció un gran hogar cuadrado, de dos metros de lado (foto 6). Junto a él, discurre un banco corrido, adosado al muro de poniente, a modo de asiento pétreo, que pudo utilizarse además como alacena. El banco, que corre por el lado meridional de la habitación, tiene una mayor amplitud (unos dos metros de anchura) y pudo servir como lugar en donde se alineaban los camastros

Una abertura en el muro septentrional daba acceso a la habitación C (foto 7), de dimensiones más reducidas (6 por 5 metros) y probablemente subdividida en dos ámbitos similares mediante una pared divisoria, que corre de norte a sur. La puerta de acceso a la habitación daba paso al ámbito de levante, a juzgar por las escorias de cobre y de hierro retiradas y por diversas piedras cubiertas con una superficie vítrea verdosa (producto de la fusión de un óxido de cobre y algún otro elemento) recogidas, puede suponerse que se trata de un pequeño taller, con una fragua, dedicado a labores artesanas. En comunicación con éste se halla el ámbito de poniente, en cuyo ángulo noroeste apareció un horno que, entre otros usos, pudo utilizarse para cocer el pan destinado a la alimentación de la comunidad..

La altura de este edificio, con la cubierta a dos vertientes, cabe estimarla en unos dos metros, siendo el suelo simple tierra apisonada, en ocasiones con



FORO 6. Aspecto del hogar cuadrado de la habitación B tras su excavación en la campaña de 1962. El enterramiento (núm. 2), que ocupa parte del hogar, es una inclusión que puede datarse entre el siglo XIII y XV (A. F. Alberto del Castillo).



FORO 7. Vista de la habitación C, desde el Noroeste. Su origen parece corresponder a una reorganización del habitat entorno al siglo XI (A. F. Alberto del Castillo).

enlosado, y formando la cubierta un recio envigado de madera con losas y arcilla superpuestas, y ramajes en la superficie exterior. Adosado al cuerpo principal del mismo por levante y en un plano inferior, se halla el claustro, al cual parece atribuible el desgastado capitel que se localizó, y a lo largo de cuyo muro, por su parte externa, afloraron cuatro sepulturas.

La habitación C parece ser la última construcción y se debe situar en un momento cercano a la desaparición del cenobio. La estancia del sector sur, a la que nos referimos, debió ser un edificio rectangular de una sola planta y de dimensiones reducidas (6 por 4 metros), construido con probabilidad a lo largo del siglo XII, con muros de piedra (de 0,80 a 1 metro de grosor) bien asentada, aunque las piezas fueran unidas con barro, o con una argamasa de tierra y cal (foto 8).

La puerta de acceso a la habitación se abre al norte, por el lado oriental; mientras que por el occidental otra puerta comunica con el claustro. La altura de la citada habitación, como el resto de las edificaciones no debió superar los dos metros, con la cubierta a una sola vertiente, siendo el pavimento simple tierra apisonada.

La excavación del recinto señaló que, a fines del siglo XII o comienzos del XIII (tras la destrucción del cenobio), se reconstruyó esta dependencia. La reedificación de la habitación produjo indirectamente como resultado la elevación del suelo (en unos 0,40 a 0,45 metros), con respecto al pavimento primitivo. Sobre este segundo suelo, y entre otros materiales, se localizaron dos dineros de Jaime I.⁹ Esta última fase de ocupación no se revela excesivamente larga, a juzgar por el depósito. De lo expuesto creemos que cabe deducir que la mencionada habitación pudo servir, tras su reedificación como alojamiento temporal del decano y, muy probablemente hacia mitad del siglo XIV, se arruinó definitivamente.

En resumen, cabe consignar varias consideraciones que se desprenden de lo expuesto. En primer lugar hemos de señalar como muy presumible que el monasterio del siglo XI, aunque modificó y amplió las construcciones, reaprovechó la primitiva estructura del edificio. De todas formas, la estructura básica del mismo se presenta como una construcción rústica y primaria, muy emparentada con el manso del siglo IX al X.¹⁰ Prueba de ello es el hecho de reservar únicamente una estancia como zona de habitación (cocina y dormitorio), junto a un gran hogar, que proporciona el fuego para la cocción de los alimentos y el calor en las noches frías.

9. PADILLA, José I.: *Las monedas...*, *Op. cit.*, nota 6.

10. RIU, Manuel: *El habitat en Cataluña en la Alta Edad Media (siglos IX-XII)*, «Colloquio Internazionale di Archeologia Medievale (Palermo-Erice, 20-22 settembre 1974)». Palermo, Istituto di Storia Medievale, Università di Palermo, 1976. Vol. I, 284-290, con 7 fotos y 5 figs.



FOTO 8. Vista parcial de la habitación D tras la campaña de 1967 y aspecto del muro septentrional de la misma, consolidado por su parte superior. Obsérvese la alacena y la técnica constructiva en los ángulos y en el paramento (A. F. Alberto del Castillo).

Por otra parte, podemos suponer por las dimensiones de la vivienda que la comunidad monástica no pudo sobrepasar la decena de monjes habitando conjuntamente en Grau d'Escales y más ajustada sería la cifra de cinco a seis personas.

III. LA ESTRUCTURA DE LA EXPLOTACIÓN AGRÍCOLA, EL GANADO Y LOS RECURSOS NATURALES

Una inspección por los alrededores del monasterio permite conocer el área de cultivo. En la zona más próxima a la iglesia, los campos, debido a que fueron cultivados hasta fechas bastante recientes por los habitantes de la masía de Cal Sant Pere (edificada en el lugar entorno al siglo XVI y habitada aún a comienzos de nuestro siglo), quedan todavía perfectamente visibles. Mientras que los que se extendieron entre el final de éstos y los peñascos que delimitan la zona, son apenas perceptibles debido a los montones de piedra suelta y algunos restos de muro formados por gruesos cantos sin desbastar. De otra parte, el

bosque cubre gran parte de estos campos y continúa avanzando hacia la zona baja del valle (véase foto núm. 1).

La extensión de la zona de cultivo parece no haber sido superior a las 25 hectáreas en su conjunto, con campos escalonados y alargados, propios del cultivo en terrazas. Los situados hacia la ladera tenían fuerte pendiente y sus medidas oscilan entre los 3 y 6 metros de anchura por 10 a 20 de longitud. El desnivel entre unos y otros, por lo general, es de 1 metro a 1,80 de altura, siendo en ocasiones los márgenes de tierra. En la zona cercana al río cabe contar además con una docena de campos, cuyas medidas van de los 10 a 20 metros de anchura por 100 a 150 de longitud, los mayores, aunque en algunos estas dimensiones se reducen a la mitad.

Fundamentalmente se trata de tierras de secano destinadas al cultivo de cereales, tales como el trigo, centeno, cebada y mijo. Aunque también la viña (la cepa del país era más fuerte y de menos dedicación que la introducida a fines del siglo XIX), cuya existencia se halla bien documentada en el acta de dotación del monasterio, debió hallarse presente en la explotación del mismo, ocupando tal vez los campos de dimensiones más reducidas, que se hallan en las pendientes.

Del conjunto de tierras de labor, tan sólo 1/5 debió beneficiarse de un sistema de regadío; parte de las cuales se dedicaron a una explotación intensiva (el huerto). Esta parcela de las tierras de labor se situó en ambas orillas del río, donde se podía desviar fácilmente las aguas a través de canales o acequias. Así pues, las 4,5 hectáreas de regadío siguieron dedicadas en parte a los cereales, obteniéndose un mayor rendimiento de los mismos, y de otra sirvieron para instalar un huerto en donde cultivar coles, cebollas, ajos y alguna leguminosa, necesario complemento de una alimentación básicamente cerealista. Tampoco debieron de faltar los árboles frutales, tales como la higuera y el manzano, situados aisladamente entre los diversos cultivos del huerto.

Esta explotación agrícola, que podríamos denominar explotación directa, se completa con las propiedades que a lo largo del Aigua d'Ora poseyó el monasterio, con dos núcleos principales, uno en La Corriu y otro en la Vall d'ora, como parece entreverse en el acta de dotación suscrita al tiempo de transformarse en cenobio benedictino. Sin embargo, desconocemos la entidad de la explotación indirecta, dado que la escasa documentación referente al cenobio no permite vislumbrar su importancia.

El monasterio mantuvo desde sus comienzos un pequeño lote de ganado, necesario complemento de la actividad agrícola, aunque poco sabemos sobre su incremento o declive posterior.¹¹ El grupo más numeroso de animales era sin duda el rebaño de ovejas y cabras, formado por más de un centenar de cabezas, en las que debió predominar el ganado ovino sobre el caprino. En menor nú-

11. Tomamos como base el acta de dotación del monasterio benedictino.

mero, aunque incluso más valiosos, se hallan los grandes bóvidos, bien representados en el patrimonio inicial con tres parejas de bueyes y cinco vacas. Así como los équidos (un caballo, seis yeguas y tres asnos) indispensables para el transporte de personas y carga.

También consta la existencia de una decena de ejemplares de ganado porcino que aportan su carne y grasas, constituyendo un importante aditamento en la dieta alimenticia. Con ellos se redondea el lote inicial de ganado, cuya evolución posterior ignoramos. Junto a estos animales domésticos debieron hallarse una o dos docenas de aves ponedoras, que aportan otro de los elementos sustanciales en la alimentación de la época.

Si la importancia del ganado es notoria, pues constituye tanto un elemento indispensable en la alimentación, como una fuerza motriz utilizada para la tracción y el transporte, no es menos importante para el hombre del altomedioevo el medio en el que vive. La relación que mantiene con la naturaleza y el aprovechamiento que de ella hace son puntos indispensables para comprender su situación y su mentalidad. Unas veces la transforma, pero en la mayoría de los casos sin dominarla, obtiene de ella una buena parte de sus medios de subsistencia. También en Grau d'Escales, como en todas partes, el bosque, el monte y el río ofrecían vastas reservas a quien deseara tomarlas (caza, pescado, miel y otros alimentos ocasionales).

El bosque constituía una necesaria fuente de recursos, aunque a la vista del hombre actual puedan parecer insospechados. Contribuía en ocasiones como un suplemento en la alimentación humana (recolección de frutos silvestres), dispensaba una seguridad en momentos oportunos y aportaba materiales de indudable valor.

La madera, proporcionada por aquél, era vital para el hombre de la época. Si es obvia su función como combustible, no lo es menos en calidad de material de fácil labra. El ingenio y la habilidad suplían la escasez de medios técnicos en que se hallaba el hombre para desarrollar sus actividades. Esta materia prima ofrecía muchas ventajas y permitió labrar desde el más simple utillaje hasta complejos mecanismos. Por su abundancia y facilidad de obtención constituyó un elemento importante en las construcciones de edificios, en competencia con la piedra.

Los pastos de montaña y el bosque procuraban asimismo el alimento primordial para el ganado. Los rebaños de ovejas y los grandes animales iban allí a pacer, así como la piara que vivía en un régimen de libertad y no de estabulación como en la actualidad.

Las aguas del río Aigua d'Ora también constituyeron una fuente de recursos importantes. Como más adelante señalaremos, las aguas desviadas de su curso permitían la irrigación de una parte de las tierras y proporcionaban la fuerza hidráulica necesaria para mover los molinos que el monasterio poseía en

la Vallдора. Además el río aportaba el pescado necesario para la alimentación de la comunidad.

He aquí cómo el hombre de la Alta Edad Media debía procurarse y obtenía cuantos recursos estimaba necesarios para la vida en el propio lugar de residencia. De ahí que supiera fabricar sus útiles cotidianos, como la cerámica, o que buscara en la naturaleza otros elementos aún, como el pescado, indispensable para una comunidad monástica, realizando en el paisaje de su entorno las modificaciones que a tal fin fueran necesarias.

Desconocemos si en el monasterio se desarrolló una actividad artesanal, aunque bien pudo haberse elaborado cerámica. Fuera, en el monasterio o en algún aldea cercano, existió un pequeño taller en donde se realizaban diversos recipientes cerámicos. Esta actividad tuvo un carácter fundamentalmente de autoproducción y a lo sumo de abastecimiento de un reducido círculo local. Las tierras arcillosas y las floraciones de cristales de cuarzo en el roquedo eran los elementos indispensables. Una vez confeccionados los recipientes, en su mayor parte ollitas, eran cocidos en hornos rudimentarios excavados en taludes o en el mismo suelo. La cocción a la que se exponía aquéllos (en un ambiente cerrado, falto de oxigenación y cargado de humo) daba a las piezas una característica tonalidad grisácea.

Aunque ignoremos si aquellos recipientes de cerámica gris fueron o no producidos en el monasterio, lo cierto es que fueron profusamente utilizados, tal como lo demuestran los numerosos fragmentos hallados durante su excavación. Otras muchas actividades artesanales pudieron tener cabida en el monasterio, pero ninguna de aquéllas nos ha dejado huella de sus realizaciones.

IV. LA MODIFICACIÓN DEL PAISAJE: APORTACIONES TÉCNICAS

Una atenta observación del lugar de Grau d'Escales ha permitido obtener ciertas precisiones técnicas sobre la utilización de los recursos hidráulicos. Antes de señalar aquéllas, es conveniente mencionar que la instalación de una presa en el curso de un río puede haber tenido diversos usos: derivación de las aguas hacia algún molino, utilización de las mismas para la irrigación o la explotación de aquélla como un vivero. En todo caso, el aprovechamiento de la instalación es sin duda complejo, aunque en ocasiones pueda faltar alguno de estos usos o se complete con otras utilidades de signo diverso, tales como el aprovechamiento del limo, arenas y cantos del cauce inferior.

La documentación conservada no cesa de hacer mención a molinos hidráulicos y con frecuencia refiere la presencia de canales o acequias de riego, en relación o no con la instalación de la molinera. Ahora bien, las noticias documentales permiten advertir una tendencia, ya desde fines del siglo x, a consi-

derar cada vez de mayor importancia la irrigación.¹² En principio aquella había sido considerada como un elemento subsidiario de la explotación del molino; ahora, el regadío de las tierras pasaba a ser una empresa por sí misma. Las ventajas que aportó este paulatino desarrollo del regadío incidieron beneficiosamente en un mundo donde la alimentación estaba basada casi exclusivamente en el consumo de cereales, produciendo un más alto rendimiento de éstos y una diversificación de la producción agrícola.

La explotación de la pesca fluvial también se constata en la documentación. Conocemos, por ejemplo, como el señor de Arcalis poseía a mediados del siglo XI sus «piscaciones» sobre el Noguera Pallaresa y que asimismo las había en los cursos del Fluviá y Tech.¹³ Sin embargo, apenas si sabemos en qué consistían las «piscaciones», aunque debe entenderse tal denominación en un sentido amplio, que comprenda desde el lugar en donde se crean artificialmente unas condiciones favorables para la pesca (vivero), hasta aquel tramo del cauce donde existen de antemano elementos propicios para la colocación de redes o artificios de pesca y, por consiguiente, donde frecuentemente se pesca (pesquera).

En todo caso, la importancia de la actividad pesquera es manifiesta, como se advierte en el hecho de que a mediados del siglo XII, por ejemplo, los habitantes de Molló debieran al conde en concepto de censo anual mil truchas saladas, mientras que los pobladores de Prats contribuían con dos mil cien y la parroquia de Llivia libraba mil cien ejemplares.¹⁴

El consumo de pescado era un complemento alimenticio necesario, y aquella vianda era incluso indispensable en los refectorios de las comunidades religiosas. Aunque la Regla prohibía el consumo habitual de carne en los monasterios benedictinos, es evidente que ésta y las grasas animales eran insustituibles en la nutrición de los monjes y fueron consumidas al menos alternativamente. Ahora bien, el consumo de aquéllas era recortado por las abstinencias y ayunos que se prodigaban a lo largo del año. En este sentido la Cuaresma (los cuarenta y seis días que anteceden a la festividad de la Pascua) es el período más significativo, puesto que imponía en general, y particularmente en los monasterios, una rigurosa privación de carne. Lo que comportaba indirectamente un gran consumo de pescado fresco o salado en los meses de febrero y marzo. La importancia de la demanda de pescado se percibe con más claridad en la documentación de la baja Edad Media correspondiendo con el inicio de las corrientes comerciales y en especial en las cuentas de algunos portazgos que señalan el

12. BONNASSIE, Pierre: *La Catalogne du milieu du Xè. a la fin du XIè. siècle. Croissance et mutations d'une société*, Toulouse, 1975. Especialmente 464-469.

13. BONNASSIE, Pierre: *Op. cit.*, nota superior, p. 92.

14. BONNASSIE, Pierre: *Op. cit.*, en nota 6, p. 92.

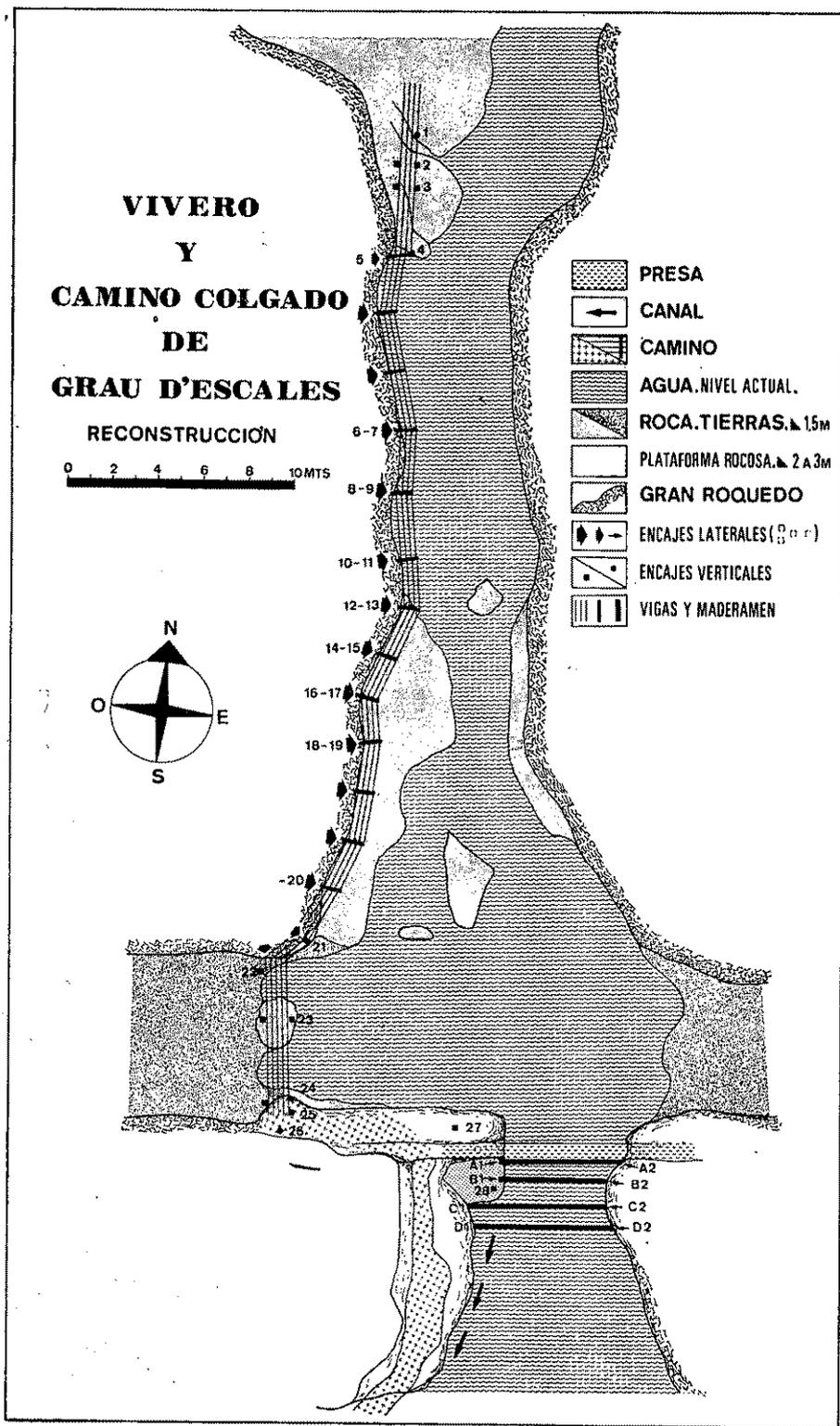


FIG. 3. Planta del cauce del río Aigua d'Ora a la entrada en el prado de Sant Pere, con la situación de los encajes y disposición de las estructuras en madera.

paso de abundante pescado salado precisamente en los meses en que se celebra la Cuaresma.¹⁵

Así pues, es lógico que los monasterios procuraran obtener este apreciado alimento, bien a través de censos en especie, o bien buscando la posesión directa de un vivero. Alguna intención semejante debió mover al presbítero Vidal, en la primera mitad del siglo XI, a comprar a un lugareño llamado Elu, de San Aventín (*Villar*) en la cuenca del río Isábena, un «biero» (*bierum bunde currit aqua et via ... in preciu placibile II argenceos*), que a su vez legará con otras propiedades al monasterio de Santa María de Obarra.¹⁶

Por consiguiente, no puede extrañar que el monasterio de Grau d'Escales instalase su propio vivero. Cerca de las edificaciones del antiguo cenobio hemos detectado la presencia de indicios suficientes para determinar que en el cauce del Aigua d'Ora existió una presa. De aquélla sólo quedan perceptibles los encajes excavados en la roca, en donde se apoyaba la estructura de madera. Nada sabemos sobre la posible utilidad de la misma, pero es obvio que la presa reportaba al cenobio considerables ventajas: la elevación del nivel de las aguas permitía sin duda la irrigación de los campos cercanos al cauce y la acumulación de agua contribuía a mantener y favorecer la pesca.

En primer lugar trataremos de situar el emplazamiento que ocupó esta instalación, para luego pasar a reconstruir de modo hipotético su estructura. El río Aigua d'Ora hace su entrada en el lugar de Sant Pere atravesando el desfiladero de Valiellas (véase foto núm. 1). En un recorrido de unos doscientos metros, su curso se halla encajonado entre las paredes de roca, que se levantan casi verticalmente a ambos lados y sus aguas cubren el espacio existente (seis metros aprox.). Ya cerca de la salida del estrecho, el cauce se amplía un poco, para más tarde volverse a reducir de modo definitivo antes de hacer su entrada en el prado de Sant Pere. En este punto se hallan los encajes en la peña a los que nos referimos a continuación (fig. 3).

Si se observa con detenimiento, puede apreciarse aún hoy el trabajo de excavación realizado en ambos lados del roquedo, que encajona el lecho del río (foto 9 y 10). Aprovechando las condiciones favorables de la contextura de la roca, se han rehundido verticalmente una zona acanalada en ambas orillas, a modo de ranuras, en donde se insertaba el dique. Aquél estuvo compuesto no por gruesos tableros, a juzgar por la anchura de las acanaladuras, sino por dos

15. El portazgo de Valensole situado en el principal itinerario que ponía en comunicación los Alpes meridionales y la costa mediterránea (1307-1308) da buen ejemplo del paso de tal mercancía en los meses de febrero y marzo. SCLAFERT, Th.: *Cultures en Haute-Provence. Déboisements et pâturages au Moyen Âge*, París, 1959, p. 80. — Puede verse, asimismo, en DUBY, G.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, 1968, pp. 475-477.

16. MARTÍN DUQUE, Angel J.: *Colección Diplomática de Obarra (siglos XI-XIII)* (Fuentes para la Historia del Pirineo, IV) Zaragoza, C.S.I.C., 1965. Doc. 135, pp. 118-119.

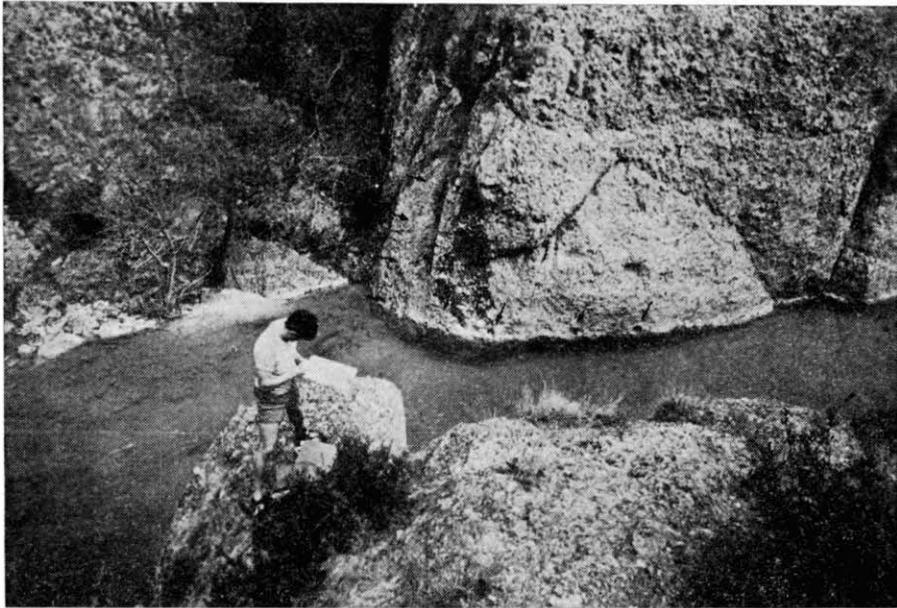


FOTO 9. Emplazamiento de la presa. Al fondo, puede observarse el trabajo de excavación en la peña y los encajes laterales de la orilla izquierda —2— (Jordi Bolbs).



FOTO 10. Trabajo de excavación en la orilla derecha —1—. Se advierte la zona rehundida para asentar el cuerpo principal de la presa y, de izquierda a derecha, los encajes 28, B 1 y A 1.

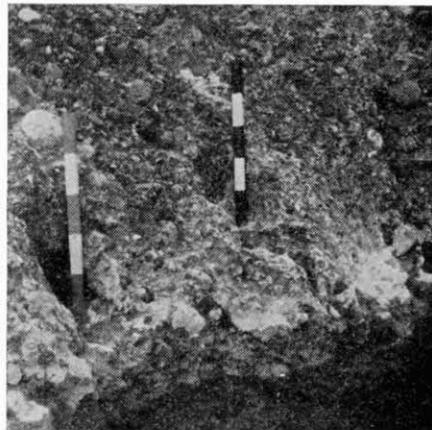


FOTO 11. Detalle de los encajes laterales B 1 y A 1, excavados casi al nivel del agua.

o tres troncos dispuestos de forma horizontal y que encajaban por cada lado en una ranura.

De forma que la barrera compuesta por la yuxtaposición y superposición de troncos tuvo una anchura de casi medio metro en la parte baja y unos treinta centímetros en la alta, pudiendo alcanzar una altura de algo más de dos metros, descontando la profundidad del cauce. Una masa de arcilla y hierbas dispuesta entre los troncos permitía obturar los vanos y reducir la permeabilidad de la misma.

Pese a la solidez relativa que presenta esta estructura en madera, existían ciertos problemas técnicos que se trató de solucionar. Es cierto que la presa pudo haber sido *más regular y menos vulnerable si las paredes que la enmarcaban hubieran sido verticales*, pero aquéllas presentaban un plano oblicuo en relación al río. Lo que equivale a decir que si en la parte baja de la presa la longitud era de apenas unos cinco metros, siendo su anchura considerable, a dos metros de altura, su anchura se había reducido y su longitud, en cambio, superaba los nueve metros.

Había que prever los fuertes caudales del invierno o las tormentas estivales y, en consecuencia, la presión que ejercería sobre el obstáculo el aumento brusco del nivel, al carecer de elementos adecuados para regular el agua acumulada en unas cotas propicias para la presa. Era necesario reforzar mediante puntales ésta para que contuviese la presión de la acumulación de agua y los embates que recibiría de *forma alterna*.

El sistema, empleado para tal fin, consistió en la colocación de unos maderos o troncos ligeramente trabajados que se situaron inmediatamente tras el obstáculo. Aquéllos estaban dispuestos de forma transversal y distanciados un metro entre sí, de modo que cada lado entrara en un encaje labrado por encima del nivel de las aguas (foto 10 y 11). Los cuatro travesaños, así colocados, debieron tener sus extremos trabajados en sección cuadrada o rectangular para quedar mejor inmovilizados al ser colocados en las correspondientes oquedades. La operación podía, en el caso de ser poco satisfactoria, completarse con la colocación de diversas cuñas.

Cada uno de los travesaños tuvo una finalidad concreta (fig. 4), aunque común, ya que permitió *fijar y mantener los puntales en su posición*. La elección del sistema de sujeción empleado era el más adecuado, debido a que difícilmente se podía hallar el necesario apoyo en el lecho del río y la realización de una cavidad artificial resultaba imposible aún en la estación estival.

De modo que el travesaño A sirvió de sostén a diversos troncos colocados en posición vertical, que apoyándose a su vez en el cuerpo medio de la presa, permitían dar mayor solidez a ésta en su zona inferior (la correspondiente al cauce). Precisamente en el lugar donde el dique era vulnerable, puesto que el agua había impedido su correcto asentamiento. El resto de los travesaños (B, C y D) aseguraban de forma indirecta la fijación e inmovilidad de los puntales,

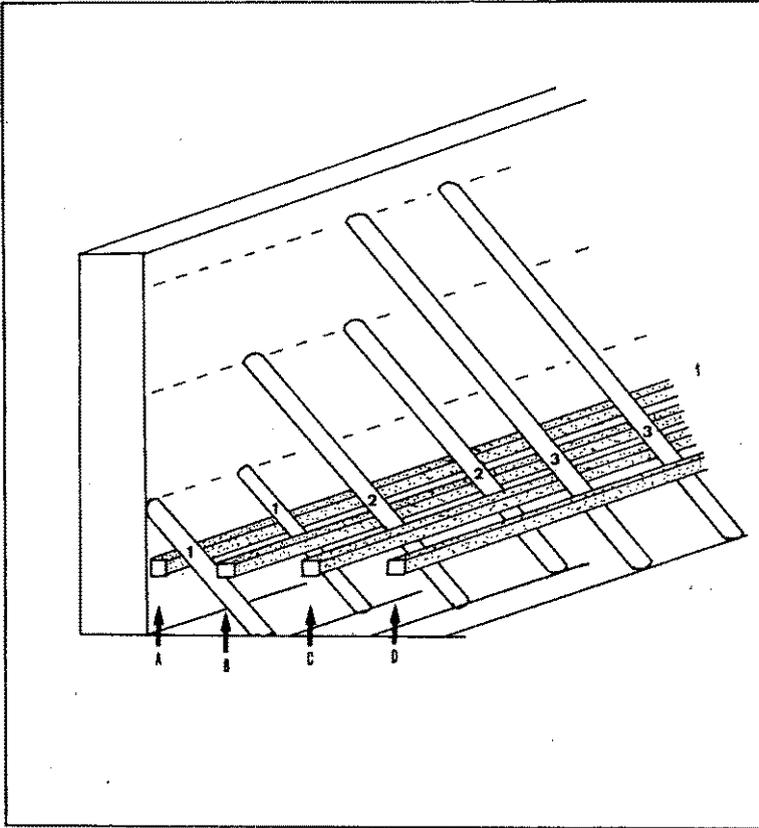


FIG. 4. Interpretación de la disposición de los elementos de apoyo de la presa a través de la situación de los encajes excavados en la peña. Los travesaños A, B, C y D tienen la función de asegurar los puntales, que refuerzan a distintos niveles el cuerpo central de la presa.

que asentados en el lecho del río, contribuían a reforzar la zona media y superior de la presa. El conjunto pudo consolidarse, en caso necesario, con una acumulación de rocas y cantos en la base del dique. De este modo se obtuvo una estructura sólida, capaz de aguantar la presión del embalse y las posibles sobrepresiones.

La elevación del nivel de las aguas en una altura cercana a los dos metros hizo accesible la conducción de parte del sobrante de la presa hacia los prados, que se extienden a ambas orillas del río. Algunas redes emplazadas en los puntos de desagüe facilitaban la captura del pescado que se veía impulsado por la corriente a salir del pantano. Es cierto que la explotación del vivero deparaba

notorios beneficios, pero su construcción había modificado el paisaje. Esta modificación del medio a la par que aportaba ventajas, imponía ciertas servidumbres y planteaba una nueva dificultad.

Hasta la abertura de la reciente pista forestal no existió más medio de acceso al monasterio que las sendas y caminos de herradura, no accesibles ni por su estrechez, ni por su accidentado trazado, al paso de carros. El tránsito por aquellos abruptos senderos sólo era posible realizarlo a pie o a lomos de alguna caballería y por demás no faltaban en su trazado otras dificultades que salvar. Así, los itinerarios que desde el lugar de Sant Pere se dirigían hacia el norte, debían solventar el paso del Estret de Valielles. La tradición y el uso han conservado el itinerario que rodeaba este obstáculo, mediante la ascensión penosa a las cimas, para llegar a sobrepasar aquél por el Cingle de l'Anorrador. Ahora bien, la primitiva vía de penetración hacia la zona septentrional, hoy en día olvidada, siguió siempre el curso del río y el paso del desfiladero se efectuaba por el cauce del mismo. Puede suponerse lo incómodo y aún peligroso que resultaba aquél, pero se conseguía una progresión rápida, evitando el duro ascenso del otro itinerario.

Sin embargo, la construcción de la presa había modificado o produciría en un futuro un cambio notable en el desfiladero, puesto que el embalse cubriría los vados por los que se realizaba el paso. Sólo quedaban dos soluciones: o bien utilizar como único itinerario el sendero que rodeaba el estrecho, o bien intentar solucionar aquel nuevo impedimento mediante la instalación de un camino colgado. Debió juzgarse necesario continuar transitando por esta vía, dado que se optó por la segunda solución.

La relación existente entre esta instalación y la presa es incuestionable; la altura a la que se realizó el camino y el sistema empleado para su construcción sólo pueden ser entendidos por la existencia del embalse. Lo que permite deducir que ambas realizaciones fueron contemporáneas y probablemente surgieran de un proyecto común que comprendía ambas.

La estructura de madera con la que se realizó el camino colgado ha dejado su huella en los encajes excavados en la roca. De éstos, veintisiete son perfectamente visibles y al menos deben existir otros quince, que no son apreciables desde el cauce por hallarse a gran altura y carecer de un adecuado ángulo óptico.

La sucesión de los encajes permite conocer el trazado y las dimensiones de esta obra en madera cuya longitud, cercana a los cincuenta metros, logró solventar el paso del pequeño pantano (foto 12). La reconstrucción de su trazado¹⁷ se coordina exactamente con los restos del sendero que desde el prado ascen-

17. Debo agradecer a Jordi Bolòs y Maria Dolors Santandreu la ayuda que me han prestado a la hora de trazar la planta del emplazamiento que ocuparon la presa y el camino colgado.

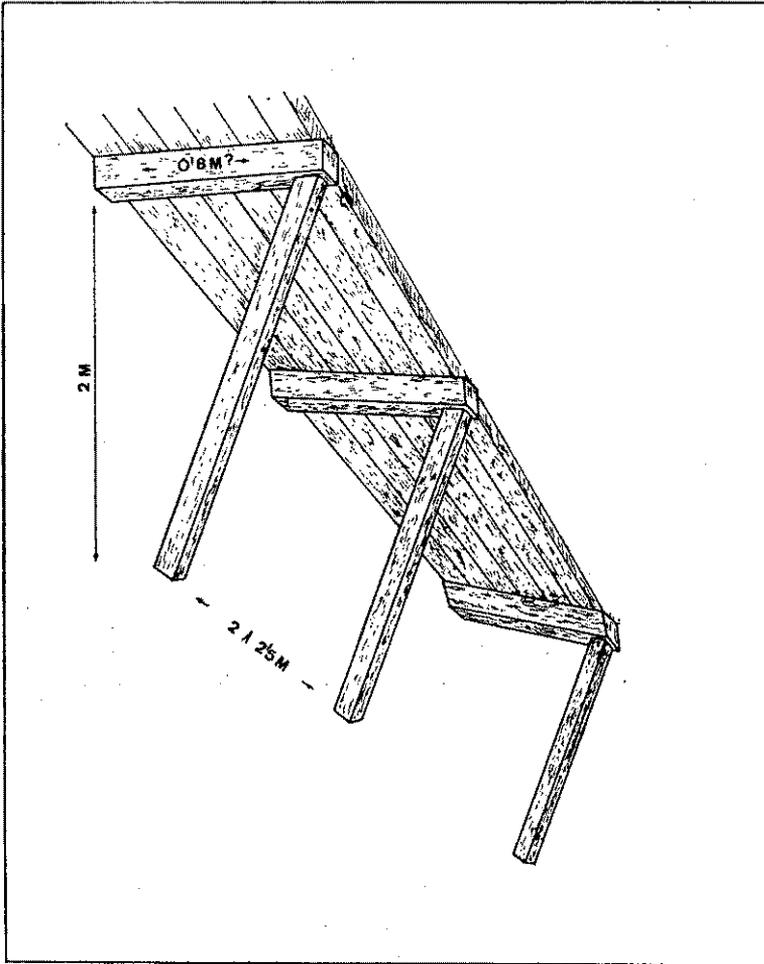


FIG. 5. Reconstrucción del camino colgado.

día por una plataforma natural del roquedo hasta situarse a la altura del dique. De este punto partía una pasarela tendida hasta la pared rocosa situada enfrente, que resolvía la primera dificultad (consistente en superar a la misma altura la distancia que separaba ambos lados). La sustentación del armazón de esta parte de la instalación se repartió entre los encajes situados en ambos extremos y el soporte proporcionado por varios pilotes (de unos cuatro metros de longitud) hincados en el fondo del cauce.

Una vez atravesado aquel espacio por la pasarela, el camino se adaptaba a

la pared y quedaba literalmente colgado de ella mediante encajes laterales. El sistema de apoyo empleado (fig. 5) consistió en crear un sostén horizontal que transmitiera toda su carga a un solo plano vertical (la pared rocosa). Una viga era colocada en posición horizontal y embutida por uno de los lados en un encaje lateral. Mientras que el otro extremo del madero descansaba en un puntal, asentado en un encaje de entrada oblicua y situado a unos dos metros por debajo del primero.



FOTO 12. Sucesión de encajes en la pared rocosa del desfiladero, que sirvieron de apoyo a la estructura del camino colgado. De derecha a izquierda, pueden verse los encajes: 8, 10, 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 18.

Con probabilidad, algunas de las vigas horizontales, sobre las que descansó el resto del maderamen, se prolongaban hasta alcanzar la pared opuesta. Al quedar aquéllas bien asentadas por ambos extremos y reforzadas por el puntal correspondiente, se consolidaba toda la estructura.

Sobre este sistema de soporte, que se hallaba distanciado entre sí unos dos metros, cabalgaban las tablas que conformaban el piso del camino colgado. Un pasamano o barandilla completaba la estructura de madera y daba la necesaria seguridad para transitar por ella.¹⁸

18. En resumen, los encajes pertenecientes tanto a la presa, como al camino, son en su mayoría rectangulares, aunque hay uno semicircular (24) y otro circular (1). El cuadro, que se presenta a continuación, permite observar las diferencias existentes entre ellos. Se advierte una mayor regularidad en la hilera más alta de encajes pertenecientes al camino (20 x 30 x 10 cms. de profundidad aproximadamente), aunque de éstos no se han obtenido las dimensiones exactas al hallarse a gran altura.

En resumen, la reconstrucción de ambas instalaciones permite obtener una visión más cercana del paisaje que rodeaba al monasterio. Es cierto, sin embargo, que aquélla ha intentado ser una deducción lógica partiendo de los datos aportados por la situación, disposición y forma de los encajes labrados en la peña; lo que no impide que algún elemento de las estructuras difiera en la realidad con respecto al modelo enunciado. Se ha precisado con anterioridad que además ambas se hallan estrechamente relacionadas y que su construcción parece haber sido realizada de forma conjunta o en una época cercana.

La construcción de este tipo de instalaciones en madera, que en otras épocas fueron abundantes, han ido paulatinamente desapareciendo. Aunque exponentes tardíos de estas realizaciones se conservan y siguen en uso hoy en día en los cursos de algunos ríos del área pirenaica. Con frecuencia se hallan también en las cercanías de las presas construidas en obra de piedra o mamposte-

Presa

número	tipo	forma	dimensiones en cms.	profundidad
A 1	lateral	rectangular abierta	20 x 27	30
B 1	lateral	rectangular abierta	16 x 30	20
C 1	lateral	cuadrada	15 x 15	26
D 1	lateral	cuadrada	16 x 16	21
28	vertical	rectangular	18 x 22	15
B 2*	lateral	cuadrada	15 x 15	5
C 2*	lateral	cuadrada	15 x 15	5
D 2*	lateral	cuadrada	15 x 15	5

Camino

número	tipo	forma	dimensiones en cms.	profundidad
1	vertical	circular	12 diámetro	10
2	vertical	rectangular	15 x 20	10
3	vertical	rectangular	15 x 20	12
4	vertical	rectangular	20 x 40	10
21	vertical	rectangular	27 x 33	19
22	vertical	rectangular	8 x 20	10
23	vertical	rectangular	15 x 27	7

* La roca ha sufrido una fuerte erosión.

ría, que proveen de agua a algún molino, los encajes circulares o rectangulares excavados en la roca, restos evidentes de la instalación en madera que antecedió a la actual.

Estos pocos elementos que nos restan de aquellas estructuras en madera y los ejemplos tradicionales que conocemos no nos consienten fijar una datación cercana. Ésta ha de intentarse precisar mediante su relación con algún otro elemento. Un ejemplo ilustrativo pueda tal vez ser el puente de Sant Quirze de Pedret (mun. Cercs, prov. de Barcelona). Bajo el puente construido en época gótica y sobre la plataforma rocosa, que se extiende en ambas orillas, pueden observarse una infinidad de encajes circulares, signos evidentes de la instalación de diversos puentes o pasarelas. Puede deducirse, por consiguiente, que aquéllos fueron utilizados consecutivamente con anterioridad a la obra gótica y de forma indirecta obtendríamos un criterio de datación aproximado, al situar la construcción en piedra como término *límite de datación* para las instalaciones en madera.

En nuestro caso, esta relación no puede ser establecida con tanta claridad, como en el ejemplo precedente. Sin embargo, se ha señalado la importancia que para la vida conventual pudo tener la instalación. Ésta encaja mejor con la vida del cenobio que con la masía de Cal Sant Pere. La construcción de estas instalaciones es, en cierta manera, una empresa de envergadura que requiere la presencia de varias personas, y el aprovechamiento de los recursos que reportan aquéllas solicita una habitación continuada en el lugar. Si de otro lado el estado de conservación en que se encuentran los encajes (la erosión ha desgastado la roca en donde se labraron, llegando incluso a hacer desaparecer casi alguno de ellos) permite descartar la posibilidad de que se trate de una realización moderna.

Puede, por consiguiente, aventurarse como probable que la presa y el camino colgado se construyeron en un momento de la corta existencia del cenobio, tal vez en relación con el relativo florecimiento que acusa aquél en torno al siglo XI. Tras la desaparición de la comunidad monástica pocos indicios de cierta actividad se desarrollan en el lugar. Los habitantes de la masía, que reaprovecharon muchos materiales de las ruinas del antiguo monasterio para erigir su vivienda siglos después, no lograron paliar el progresivo deterioro del templo, aunque bien pudieron reconstruir la presa para instalar a orillas del río nuevamente un sistema de regadío. Sin embargo, nada resta a nivel superficial en los campos que pudiera referirnos esta nueva transformación.

Por último, hemos de añadir que mientras se examinaba el desfiladero, recogimos una punta de sección rectangular de unos 22 centímetros de longitud, que se hallaba embutida en una cavidad natural rellena de argamasa, situada en el lugar que ocupó en otro tiempo la presa, y se localizó asimismo una herradura inserta en una grieta, al otro lado del paso, cerca de un encaje (el número tres). Ambos elementos son de factura moderna y no se relacionan

en modo alguno con las instalaciones en madera. Aquéllos pudieron utilizarse más bien como puntos de amarre de una maroma o cable, que facilitase el paso de materiales de cierto peso, en fechas cercanas.

En conclusión, mantenemos a nivel de hipótesis que la instalación de la presa y la construcción del camino pueden y deben datarse en relación con el período de vida monacal en el lugar. Sólo existe un medio para verificar esta afirmación y precisar, aunque sea indirectamente, su posible datación. Un estudio profundo y riguroso de la estructura interna de los campos, que en uno o en varios momentos pudieron recibir el regadío, proporcionaría éstos y otros muchos datos. En este contexto, la edafología aportará datos precisos acerca de la formación de los diversos suelos, determinando si aquéllos fueron labrados regularmente o fueron abandonados durante cierto tiempo o si, por el contrario, se explotaron intensamente. Pudiéndose también, con la ayuda de la polinología, precisar los diversos tipos de cultivos y especies cultivadas que se sucedieron en las diversas etapas de explotación de los campos.

Estos estudios permitirían confirmar o no la datación propuesta para la construcción de la presa y el momento de introducción del regadío, obtener más datos en torno a cómo se explotaron estas tierras de regadío y precisar qué extensión tuvo dentro de ellas la explotación intensiva. Sin embargo, estas técnicas no están suficientemente difundidas, por el momento, entre nosotros. Los nuevos datos que aquéllas aportarán a un medio y largo plazo permitirán resolver, además de esta datación, muchas de las incógnitas que tiene planteada la historia agraria en este momento.

V. CONCLUSIÓN

El monasterio de Sant Pere de Grau d'Escales, pese a las escasas referencias documentales con que cuenta, ha permitido reconstruir en gran parte la estructura de un habitat monástico, prototipo de los numerosos, aunque no poderosos, cenobios rurales que nacerán como una manifestación más del impulso repoblador.

La descripción del habitat, que puso al descubierto la excavación, aporta los datos esenciales para conformar una visión del lugar y de las condiciones rigurosas en que vivía la minúscula comunidad. Reiteramos de nuevo el hecho de que sólo se reserve como zona de habitación una estancia, en la que los monjes comen y duermen junto a un gran hogar cuadrado, tipología de habitat emparentada con las construcciones rurales de la época. Se constata, por demás, la perduración del modelo primitivo (siglo x) sin grandes innovaciones, mientras las nuevas construcciones se edifican en torno al núcleo originario modificando el aspecto del conjunto y ampliándolo por su parte occidental.

Este habitat nos lleva a reflexionar sobre la posible deformación de nuestra

óptica histórica en relación con los centros monásticos, dado que a menudo se habla de centros importantes y a través de ellos se generaliza, creando una visión deformada e incluso errónea del conjunto del monacato hispano. Junto a los grandes monasterios hallamos otros de diversa entidad y destacan por su número los pequeños monasterios rurales que cubren toda la *Catalunya Vella*. La fundación y consagración de éstos, y de las iglesias rurales, señalan el pulso del proceso repoblador y muestran cómo se produce la ocupación del espacio y la paulatina reorganización del territorio, aunque en una etapa inmediata sus patrimonios se incorporen a otros mayores y muchos de ellos desaparezcan como entidades independientes.

Las condiciones en que viven los monjes en estos pequeños cenobios se revelan como bastante duras, causa entre otras que motivará en gran parte de ellos la desaparición de la vida comunitaria con cierta rapidez. Sin embargo, no deja de llamar la atención el hecho, por otra parte muy normal si tenemos en cuenta la mentalidad medieval, de que mientras se amplían y se reconstruyen los templos con cierta magnificencia, el hábitat de la comunidad continúe, en muchos casos, sin sufrir grandes innovaciones, ni mejoras.

Los datos aportados permiten vislumbrar en el orden económico que la explotación monástica está basada, en el caso que ahora nos ocupa, en tres factores que conforman la estructura de esta célula de explotación. La agricultura en combinación con la ganadería y el aprovechamiento de los recursos naturales constituyen las bases sobre las que se asienta este sistema de producción, que por demás tiene un carácter de autoabastecimiento.

Podemos distinguir tres áreas aproximadamente concéntricas al hábitat en las que la explotación adquiere matices peculiares (pero todas ellas son igualmente útiles e igualmente nutritivas), en la primera zona hallamos el huerto y los campos de mayores dimensiones, algunos probablemente con regadío; rodeando este área se extienden el resto de las tierras de labranza dedicadas a los cereales y, tal vez, a las viñas; y finalmente, un vasto cinturón boscoso, sin cultivar, de donde provienen sin embargo un número considerable de recursos. Estas tres zonas confieren a dicho centro de producción un carácter complejo, pese a que domine netamente el factor agrícola.